

La creación poética

EDMUNDO CONCHA

Resulta ya un lugar común, cuando se trata de identificar la naturaleza y los deslindes de la poesía, dar vueltas evasivas en su derredor para terminar afirmando que en suma son imprecisables.

Por ello mismo dijérase que ya es hora de desalojar los bizantinismos en un género, la crítica, donde la luz que proyectan es tan mortecina que deja el problema precisamente en un punto muerto. Por ejemplo, con el consabido toque del "no sé qué", con el cual algunos creen aprehender su entraña, en verdad no se toca nada.

La poesía es concretamente la belleza de la especie y del mundo reflejada en la escritura. Cabe, por tanto, no sólo en el verso sino en cualquiera otra forma literaria, incluso en un texto de ensayo o de historia. Para bien entenderla lo ideal es la proposición del crítico I. A. Richards: "Un conocimiento apasionado de la poesía, y una aptitud para el análisis desapasionado".

La poesía, quiérase o no, es parte del género humano, igual que otras ramas del arte, o la religión, porque al hombre no le basta la realidad concreta y limitada que lo sitia a diario. Para que su espíritu sea, esto es, pueda volar, necesita una apertura del mundo hacia los mitos, hacia su propia sublimación por la vía de la belleza.

Lo cuestionable de esta materia deriva de que el concepto de belleza no es único ni absoluto sino polivalente, al punto de que cada individuo lo siente a su modo, de acuerdo a su grado de cultura, y a su personal temperamento, sin desconocer la validez universal del concepto de Aristóteles que dice que "los caracteres esenciales que componen la belleza son el orden, la simetría y la exactitud".

Hay, sin embargo, una poesía de alcance general que llega a gran cantidad del público interesado en ese género. Es la de los autores clásicos,

esos que con su palabra reinauguran el inventario del mundo y por eso mismo se parecen al Cid, en cuanto pueden ganar batallas después de muertos. En nuestra América están en esa categoría Darío, Vallejos, Neruda; y entre los vivos, Borges.

La poesía, ese aparente juego del ocio, es necesaria en todas las edades, pero acaso se la sienta con más fervor en la juventud, cuando los cinco sentidos trabajan a todo velamen. Por algo los pueblos, en relación con el desarrollo de los géneros literarios, la cultivan en el alba de su formación, la novela al mediodía, y la historia a la hora fatigada del crepúsculo.

Si bien la poesía está afecta a los modos, que la hacen renovar sus imágenes según sea la utilería del marco social que la circunda, es ajena a las modas, como todas las artes. La moda es una forma de por sí pasajera y la transitoriedad es su alma. La poesía no, y un poema que es bello en un tiempo no se desgasta al paso de los siglos.

Ella, por ser un reflejo de la vida, supone una permanente búsqueda de las profundidades del alma, que no tiene fondo, y de las formas del lenguaje, cuyas combinaciones son innumerables. En esa dirección, como apunta Ernesto Fischer, "su tarea no es echar abajo puertas abiertas, sino más bien abrir puertas cerradas".

La mejor poesía, dentro de su infinita e iridiscente gama, es aquella que conforme a la experiencia o a la imaginación personal de su autor y, por cierto, a su poder de comunicación, puede abordar un tema y transmutarlo de manera que muchos lectores lo sientan suyo, como destinatarios casi exclusivos de su mensaje.

Sin proyección sentimental no hay poesía.

De ahí la conveniencia de que el poeta, al desarrollar cada poema, no se ciña demasiado a la anécdota personal, que tiene un valor contingente, y de la cual debe destilar sólo su esencia, la justa para que el lector, al sentirla, recuerde una experiencia similar de su propio pasado, o la capte por lo que ella, emotivamente —no históricamente—, tiene de universal y humano, como una situación posible de ser vivida por él en el futuro. Antonio Machado, a mayor abundamiento, ha escrito: "La lírica debe contar la pura emoción, borrando la totalidad de la historia humana".

La poesía no debe ser construida sólo con los materiales de la razón, porque contiene partículas de otros materiales de distinta naturaleza y que corresponden al mundo aún desconocido, cuanto mayor que el conocido, y que el poeta divisa vagamente, a veces cual un médium. Es como si a través de pequeñas ventanas abiertas al Más Allá él percibiera una visión, o cosmovisión, que está por encima del tiempo y del espacio y que luego entrega en su obra. De ahí emana su parte de fantasmagoría. El crítico

Gunter Blocker ha expuesto con acierto: "La tan discutida impermeabilidad de la poesía moderna es una parte de su expresión. Quien persiga lo desconocido, no puede seguir caminos conocidos; quien quiera penetrar en los arcanos, frecuentemente ha de romper los prototipos". Ella, en suma, es una extraña y armoniosa conjunción, en proporciones al parecer decrecientes, de sentimiento, fantasía y razón. Se la reconoce en que a lo que más se asemeja es a la repentina presencia de un milagro que resplandece en medio de un medio de cotidianas y naturales vulgaridades.

Para describirla en su debida sazón, no sólo se requiere inspiración sino oficio, esto es, el dominio cabal de la expresión, saber elegir los vocablos y su ordenación de modo tal que su mensaje no se quede a medio camino. Hacia ese objetivo son más eficaces las metáforas, los símbolos, que el lenguaje directo, con el cual es tan fácil caer en el prosaísmo y, consiguientemente, en el repique de campanas de palo.

El lenguaje, sin ser lo principal, y siempre que se remoce al paso del tiempo, juega un papel importante en la creación poética. Bertolt Brecht ha señalado: "Sin introducir innovaciones de tipo formal la poesía no podría asimilar los nuevos temas ni puntos de vista nuevos, y mucho menos llegar a los nuevos sectores del público lector". Es deseable hoy que ese lenguaje no peque por los extremos, esto es, de obvio ni de oscuro, sino que encuentre en cada momento el matiz justo para que, sin dejar de expresarse en sugerencias y de crear una atmósfera propicia a las asociaciones, su contenido provoque un estruendo emocional. Este tipo de lenguaje, metafórico, paradójicamente acierta en la medida en que no da en el blanco. Debe despertar la emoción, como un vuelo de palomas, con impactos expresivos estructurados con referencias colaterales, a manera de reflejos, de atisbos, de alusiones.

En la floración poética de Chile hay un poema, ya clásico, que cumple este requisito, en cuanto su contenido desborda su propia estructura formal. Es *Canción*, de Juan Guzmán Cruchaga:

*"Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada.*

*Una lámpara encendida
esperó toda la vida
tu llegada.
Hoy la hallarás extinguida.*

*Los fríos de la otoñada
penetraron por la herida
de la ventana entornada.
Mi lámpara, estremecida,
dio una inmensa llamarada.*

*Hoy la hallarás extinguida.
Alma, no me digas nada,
que para tu voz dormida
ya está mi puerta cerrada".*

No menos bello, a fuerza de certero, es el juicio con que Alone ha enfocado este singular poema: "Canción, inmortal desde que apareció y que atraviesa los tiempos, un poco misteriosa, clara e indecifrable, con su pequeño absurdo suave adentro y su melancolía solitaria, lejana".

El poeta en general es de por sí de temperamento insólito, un ser distinto y distante de la mayoría, una voz que no pertenece al coro, alguien con la sensibilidad hiperestesiada y con la imaginación errante, aparte de otros rasgos misteriosos que lo facultan —por algo se les llama vates— hasta para prever.

Este ser excepcional es así tan escaso como el santo, el inventor, o el hombre que de veras conoce el amor y no una de sus incontables máscaras. Su capacidad de asombro, como la de los niños, no se extingue y por ello mismo ofrece siempre una imagen flamante del mundo. No es habitual, consiguientemente, la galaxia poética, o sea, un conjunto de altos poetas en un mismo país y en la misma época. Lo que sí es corriente es el tráfico inofensivo del versificador, del buen artesano del verso, todo oficio y aplicación.

Un tema de la realidad circundante o lejano, el poeta no debe copiarlo sino transfigurarlo en consonancia con la naturaleza y con vistas a su mayor realce. La poesía, en este frente, se parece al fenómeno del amor. Para que éste prenda, es necesario que el hombre vea en una mujer vulgar una mujer sobrenatural. De otro modo, pasa de largo. No son pues los temas en sí los poéticos, sino la tintura adjetiva con que los ennoblecen el poeta, del mismo modo que el origen del amor probablemente no esté en la mujer que lo inspira, acaso mero pretexto, sino en la imaginación y en las apetencias afectivas o metafísicas del hombre que sufre su hechizo.

Hay intelectuales que en el último tiempo han anunciado la decadencia y hasta la muerte de la poesía, a raíz de que nuevos centros de atracción ocupan con mayor preeminencia las pocas horas libres de la gente. Es posible

que la época actual, de acentos tan pragmáticos, sea antipoética, al punto de cultivar el feísmo, pero ello no supone una lápida funeraria.

Si bien es cierto que hoy se vive un tiempo tan sobrecargado de problemas materiales, y en los últimos años varios valores se han dado una vuelta de campana, al punto de interferir a diario la elevación de ánimo que requiere la recepción de la poesía, ello mejor justifica la necesidad de su presencia a modo de antídoto. No en vano sus dones suelen ser, a más de catárticos, mágicos.

La poesía con su “sed de infinitos”, es en definitiva consustancial a la condición humana, uno de los caminos de perfección para restaurarla de sus caídas, y mientras haya un ser vivo ella estará también viva a su orilla, como una de las formas de la esperanza, sin las cual la vida no trasciende su mecánica puramente biológica.

Por si esto fuera poco, ella puede representar asimismo un sedante, una fuga, un estímulo, o un nuevo espejo para la autoidentificación, de gran claridad cognoscitiva. ¿Cuántos lectores, al cabo de leer un determinado poema, que sólo puede ser un haz de reflejos, de sutiles referencias, no hacen una mejor toma de razón de su propio cielo?

La poesía ha sido juzgada en versos por sus propios autores, de manera siempre distinta, rasgo que da la medida de su riqueza intrínseca. Con locura, por Vicente Huidobro: “Cuanto los ojos vean, creado sea”; con bizantinismo, por Stefan George: “Lo decisivo en ella es la forma, no el sentido”; con metafísica, por Antonio Machado: “Diálogo del hombre con el tiempo”; y con poesía, por Jorge Luis Borges: “Ese oro triste”.

La capacidad para recibir el mensaje poético no es general en los lectores. Los hay refractarios y los hay finamente receptivos, diferencia que surge de la calidad del espíritu de cada cual y del nivel de sus correspondientes necesidades. Cuando ellas superan la línea rasante de los alimentos terrestres y laten a mayor altura, por donde circula precisamente la poesía, el lector —creo— siente a su solo contacto como que corta para sí mismo y con sus propias manos un manojo de flores del Paraíso Perdido.